

La presencia de Antonio Machado *

La aparición de un nuevo volumen crítico de José Olivio Jiménez —dedicado hoy al poeta que le ha inspirado, como él mismo confiesa, «una larga devoción»— despierta invariablemente el interés de los buenos lectores de poesía española contemporánea. Y es que esta merecida respuesta a su ya larga obra la ha conseguido el estudioso cubano porque siempre se ha cuidado de no defraudar a su público, deber que vuelve ahora a imponerse con su reconocida responsabilidad.

La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra puede saludarse como un importante aporte no sólo a la abundantísima bibliografía sobre el autor de *Soledades*, de la que pretende ser, incluso, revisión y complemento, sino, además, como lúcido acercamiento al devenir de la poesía española a partir de 1936, período que José Olivio Jiménez, dicho esto con absoluta justicia, conoce como pocos. Aquí están, si es que aún no hay suficientes pruebas de ello, los capítulos IV y V de este libro para demostrarlo.

Pero abarquemos, en principio, el plan de conjunto. El libro se abre con una breve nota preliminar en la que el crítico presenta la «intrahistoria personal de este volumen» y anticipa, siempre apuradamente, el objetivo principal de su trabajo, al que se abocará decididamente en el primer capítulo.

Y es que el primer capítulo, como él mismo lo indica, es la «verdadera introducción» del libro. Su título, «Sentido y límites de la presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra» señala los dos temas que aquí se abordan: cómo y cuándo se proyecta ese «norte y ejemplo mayor» que llegó a ser el poeta del 98, como hombre y como escritor.

¿De qué manera influye la obra de Antonio Machado en la lírica posbélica? Desde *todas* sus vertientes: «Desde sus versos más líricos e intimistas hasta su prosa teórica, pero nunca dogmática, pasando, naturalmente, por sus poemas más «objetivos» y «realistas» (y entre éstos, de modo destacado, los de preocupación españolista y cívica) y por su poesía de talante ya más reflexivo». Esta presencia fecunda las sucesivas generaciones, centrándose, fundamentalmente, en el tratamiento del tema del tiempo, «el más fuerte y abarcador lazo de unión entre Machado y los poetas futuros».

Inmediatamente, José Olivio Jiménez explica las razones que lo llevan a elegir los años que preparan al de 1936 y el de 1966 como principio y fin del período en el que la presencia machadiana —y repetimos el término *presencia* porque de ella se trata y no de mera influencia, como bien lo aclara el crítico— cobra mayor vigor.

«Una breve mirada retrospectiva: Machado y la poesía de entreguerras» es el apéndice con el que José Olivio Jiménez cierra esta primera parte. Los libros de José María Valverde y José Luis Cano, *Antonio Machado y Españoles de dos siglos* (en su capítulo «Antonio Machado y la generación del 27»), respectivamente, le sirven como valiosas fuentes de información sobre este lapso en el que se prepara la gran vigencia que alcanzará el autor de *Campos de Castilla* a partir de 1936.

* JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ: *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*. Society of Spanish-American Studies, 1983.

El segundo capítulo del libro, «Ratificaciones generales de la crítica sobre las relaciones de Machado y la lírica de posguerra: algunas puntualizaciones» exige una lectura muy lenta. Por dos razones: la primera, porque aquí revisa José Olivio Jiménez lo que ya la crítica ha dicho sobre su tema, y como la conoce minuciosamente, estas páginas están cargadas de datos o atiborradas de conceptos que prolijamente vuelve el crítico a enfrentar, explicar y resolver según su sagaz óptica. Pero hablamos de dos razones que exige nuestra mayor atención frente a este capítulo: y la segunda se refiere justamente a esas «puntualizaciones» que señala su título, y que obligan a José Olivio Jiménez, y así él mismo lo reconoce, a hilvanar casi una digresión tras otra. Seguir el hilo temático de estas páginas y no perder ninguna de sus valiosas connotaciones, es una empresa difícil, pero no imposible. Al alcanzarla, nos sorprenderemos de cómo, en no más de veinticinco páginas, Jiménez ha abordado temas no sólo centrales de la crítica machadiana en general, sino indispensables para comprender la tesis central de su libro. Podemos entonces perdonarle la ausencia de esa amenidad que, junto a otras virtudes, sobre todo la claridad, caracteriza a su estilo. Desde la *Antología consultada de la joven poesía española* —1952— de Francisco Ribes, hasta la *Antología de la nueva poesía española* —1968— de José Batlló, y centrándose en las cuatro aparecidas entre 1965 y 1969, publicadas por Alfaguara: *Poesía social* de Leopoldo de Luis, *Poesía cotidiana* de Antonio Molina, *Poesía amorosa* de Jacinto López Gorgé y *Poesía religiosa* de Leopoldo de Luis, hilvana José Olivio Jiménez el sucederse —comienzo, plenitud y disminución— de la presencia machadiana en las generaciones de posguerra.

Con el capítulo cuarto y anteúltimo llegamos a la primera entrega de la parte más sustancial del libro y que, algo ya adelantamos, la componen éste y el siguiente capítulo. La excelencia de estas páginas se explica en virtud del paso de una historia hasta ahora «exterior» a «una historia interior» de la lírica peninsular de posguerra desplegada al hilo del tema que aquí se desarrolla: Capítulo IV «El tiempo: centro de cohesión en la obra de Machado y en la poesía de posguerra». Y es aquí donde comienza el crítico cubano a hacer alarde —claro, que alarde no pretendido, siempre desde una postura discreta, mesurada, contenida— de las cualidades que ya le conocemos. El exhaustivo conocimiento del tema y su exquisita sensibilidad (con estas palabras y hace muy poco distinguíamos sus virtudes al comentar el reciente *Siete Poetas Españoles de hoy*, que firma junto a Dionisio Cañas) se aúnan y le permiten lograr una lúcida interpretación del fenómeno poético que aborda. Así, en este cuarto capítulo, y mediante la presentación de las tres vías por las que discurre el tratamiento del tema del tiempo en Antonio Machado, y en las que «los poetas del porvenir», tal como él mismo presintió, lo encuentran, traza José Olivio Jiménez un panorama de la lírica española de posguerra. «La conciencia y el sentimiento del tiempo» se encauzan en la obra del escritor del 98 en la expresión de un tiempo interior, otro histórico y en la reflexión sobre la realidad temporal; y, a esta luz temática, se ordenan, respectivamente, los poemas de José Hierro, Ildefonso Manuel Gil, Francisco Brines, Félix Grande, Leopoldo Panero y Blas de Otero, en principio; luego, los de Gabriel Celaya, Eugenio de Nora, Blas de Otero y Jaime Gil de Biedma, en correlación al segundo ítem; por último, los de Carlos Bousoño y Vicente Gaos.

Con el quinto y último capítulo, «Presencia e imagen de Antonio Machado en las

promociones de posguerra: testimonio poéticos y documentación crítica», completa José Olivio Jiménez esta intrahistoria de la lírica española posbélica. Valiéndose del esquema generacional, propone ahora una visión diacrónica que le permite comprobar la suerte que ha corrido la presencia de Antonio Machado a partir del 36, es decir, desde cuál de sus zonas o desde qué vertiente poética influye sucesivamente su obra. Y así, desde la inicial devoción de los poetas del 36 por el escritor en su dimensión principalmente personal e íntima, se pasa a la de la primera generación de posguerra por el autor de aliento cívico de *Campos de Castilla*, hasta alcanzar la visión integral, abarcadora, que distingue la saludable preferencia de la segunda promoción de posguerra. Jiménez cierra este panorama con un «Post-Scriptum: Machado y la poesía joven de hoy».

Cada uno de los cinco capítulos lleva su correspondiente sección de notas. El libro concluye con una Bibliografía y Índice Onomástico de los poetas considerados y mencionados.

Algunos errores de imprenta pueden señalarse como el único descuido de esta valiosa publicación.—IRMA EMILIOZZI. (*Doctor Ezquerdo*, 155, B. MADRID-30.)

La colonización española en América: el cuento de nunca acabar

Hay una frase muy hermosa que Carlos Fuentes pone en los labios de uno de los personajes femeninos de *La muerte de Artemio Cruz*:

«América es una sábana de amor y de sangre.»

Es una sentencia que bien pudiera resumir la realidad de la conquista americana y su posterior colonización. Una sábana de amor y de sangre: tálamo virginal hallado por un amante transoceánico.

Pero fuera de estas presunciones amorosamente eróticas —quizá ya una recapitulación suavizada en el tiempo por un descendiente de este amancebamiento de civilizaciones dispares—, el proceso de la conquista americana sigue creando interrogantes interpretativas y, sobre todo, engendrando teorías que le van despejando de aquel cúmulo de asertos caracterizados por la grandilocuencia y la banalización chauvanista que toda una historiografía «nacionalista» ha fomentado.

Claudio Sánchez Albornoz —en su obra *La Edad Media española y la empresa de América*— vuelve a plantearse las circunstancias históricas y el sentido profundo que animaban el proyecto colombino.

* SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *La Edad Media española y la empresa de América*. Ediciones Cultura Hispánica del ICI. Madrid, 1983.

Sería banal y pretencioso hacer una presentación personal y profesional de don Claudio en estas páginas. Todos sabemos que con él nuestros estudios medievalísticos adquirieron una consistencia interna, dándoles una dimensión disciplinaria plenamente científica y culminando así un proceso que iniciaron precursores tan ilustres como Menéndez Pidal o el profesor Hinojosa.

Defensor a ultranza de una interpretación esencialista —«espiritualista»— de España y lo español, don Claudio llegó a soslayar con una cierta precipitación la importancia de otros factores —entre ellos los económicos—, en la configuración de nuestro proceso histórico. La metodología aplicada por don Claudio no está muy actualizada, de ahí que pocos historiadores puedan suscribir afirmaciones como esta que sigue:

«En función de este triple juego: la herencia temperamental, el azar y el espilonazo de las personalidades de excepción, ¿pueden investigarse las misteriosas causas de los procesos históricos...? Me permito creer que todas esas realidades nos autorizan al menos a escrutar los porqués de la zigzagueante marcha de los pueblos.»

Tampoco se puede olvidar su sempiterna y famoso polémica con don Américo Castro en relación a este «sentido profundo del ser español». Circunstancia ésta que aún no ha olvidado don Claudio cuando, en la advertencia inicial que abre esta obra, afirma que «...siempre he rechazado la estúpida tesis de quien ha intentado explicar nuestro pasado por la supuesta saña antihebraica de los cristianos viejos, que se supone llevó a la esterilización mental del «homo hispanus» y a una continua pugna entre dos supuestas mitades de España, enteramente hostiles y en batalla».

El «espiritualismo» de don Claudio desemboca, inevitablemente, en un acendrado nacionalismo, siempre a flor de piel, irreflexivo a veces, como cuando descalifica la labor interpretativa de algunos historiadores europeos sobre la cuestión de la colonización americana en términos como éstos: «...la fobia antihispánica de quienes no pueden perdonarnos la hispanización de todos estos pueblos».

Movido por este «nacionalismo», don Claudio se entrega a una afanosa búsqueda de la identidad española, remontándola a los tiempos de los pobladores prerromanos, sin dar otra explicación que la concordancia temperamental entre aquéllos (en los que el latino Trogo Pompeyo observaba «una preferencia de la guerra al descanso. Y si no tienen enemigos en el exterior los buscan en el interior») y nosotros, españolitos de 1984, que tan ansiosamente asistimos a la experiencia del cambio político socialista. Desde aquella Iberia remota hasta hoy, lo español ha ido trazando una línea ininterrumpida, verificable, aunque no dejase de estar sometida a presiones externas que a punto estuvieran de frustrar este hermoso encadenado étnico. Parece como si don Claudio, dejándose arrastrar por un maniqueísmo desafortunado, fuese dando manotazos en la historia, glorificando a algunos pobladores de la península y descalificando a otros, según colaboraran o desmembraran ese continuismo racial. De esta manera, los visigodos —un pueblo que apenas si llegó a ocupar íntegramente nuestro territorio y que sólo dejó sesenta vocablos en nuestro acervo lingüístico— entran dentro del patrimonio creador de la identidad nacional. Por contra, los árabes, si pernoctaron ocho siglos en la península, sólo fue para intentar romperlo y